

En la mar sucumben sus anhelos

ANTONIO PANEQUE SOSA

En estos últimos meses ha sacudido fuertemente nuestras conciencias la interminable hilera de cayucos atestados de inmigrantes que, en condiciones penosas, arribaban a nuestras costas. Su precariedad y desamparo ha suscitado una amplia cadena de reacciones solidarias, tanto en el seno de la comunidad cristiana como en la sociedad civil. En verdad, el fenómeno migratorio se ha manifestado con crudeza inusitada en nuestras islas. En nuestro centro de estudios, consternados ante la magnitud del problema, hemos percibido que esta realidad, en tanto que «signo de los tiempos», plantea un reto perentorio que debe ser afrontado abiertamente por la reflexión teológica.

Algunos describen la migración como la cara humana de la globalización, su lado oscuro en realidad, pero, en cualquier caso, su carácter estructural en nuestro mundo global demanda una mirada de discernimiento crítico a la luz de la fe.

En el nacimiento mismo de la humanidad se ubica la raíz de las migraciones, que, por extensión, configuran igualmente los orígenes y la misma comprensión del Pueblo de Dios. La vibrante y variopinta realidad de un colectivo en movimiento emerge en las páginas de la Biblia, rebosantes de episodios migratorios, de vivencias de exilio, acogida y hospitalidad, entrelazadas en las experiencias fundantes del pueblo elegido: «mi padre fue un arameo errante», leemos en Dt 26,5. Desde los inicios comparecen historias de movilidad humana: la llamada de Abraham a dejar su tierra natal, el éxodo de Egipto y el camino incierto de Israel vagando por el desierto, el drama de la deportación... No se queda atrás el nuevo testamento, en el que el propio Jesús es presentado como emigrante. Y pone su acento en la acogida del forastero y en la fraternidad sin confines, en el universalismo y en un despliegue misionero que rompe

fronteras: desde el viaje de la sagrada familia a Egipto hasta la incipiente actividad apostólica de la primera comunidad en dirección a otros grupos humanos.

En una palabra, la identidad del pueblo de Dios aparece intrínsecamente asociada con historias de personas y comunidades desplazadas, con experiencias de peregrinación y cobijo en tierra extraña. Tanto es así que no parece exagerado insinuar que para entender la condición humana, la vivencia religiosa y la misma identidad cristiana, la migración juega un papel crucial. Surge espontáneo, en consecuencia, pensar las migraciones en clave teológica. Es más, no sería descabellado parangonarlas a una peregrinación ininterrumpida que atraviesa el conjunto de la Escritura, la tradición y el magisterio. Por eso, tal vez, la suerte del emigrante provoca una reacción inmediata de cercanía y adhesión.

Siguiendo la estela bíblica, la tradición de los primeros hizo suya la reflexión teológica sobre la migración, su acogida y hospitalidad. En la carta a Diogneto leemos que los primeros cristianos habitaban sus propias patrias, pero lo hacían con la conciencia de ser peregrinos, tomaban parte en la vida civil como ciudadanos mientras todo encaraban como extranjeros; toda tierra extraña era para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se sabían en camino, desprovistos de una morada definitiva hasta alcanzar la patria celestial.

A partir del siglo XIX, el Magisterio de la Iglesia pone el foco en la realidad de las migraciones, haciendo suya la realidad de dolor y sufrimiento de los desplazados, pero poniendo de relieve igualmente la riqueza humana que aportan y la esperanza que trasluce su búsqueda de un futuro mejor. Es singularmente significativa la centralidad que las migraciones ocupan en el magisterio del papa Francisco, buen conocedor del fenómeno por haberlo vivido en primera persona. Su mensaje para la jornada mundial del emigrante y el refugiado de 2018, desglosado en los cuatro verbos, acoger, proteger, promover e integrar, grabó a fuego en la mente de todos que cada forastero que llama a nuestra puerta es una ocasión de encuentro con Jesucristo, quien se identifica con el extranjero acogido o rechazado en cualquier época de la historia.

En Canarias, desde el verano pasado nos hemos visto sorprendidos por la apabullante bofetada de realidad de una inmigración masiva, que ha puesto sobre la mesa una serie de encrucijadas apremiantes, vinculadas todas ellas con argumentos tan estrictamente teológicos como la identidad, la dignidad, la justicia, la integración. Ante esta humanidad desgarrada es imposible no cuestio-

narse sobre la perversión de la inequidad, las medidas de la familia humana, el horizonte de la creación, las palabras de Mateo en torno a la acogida del extranjero, el alcance de la mesa universal de Jesús... Son interrogantes incómodos porque sacuden y estremecen, pero altamente sugerentes porque estimulan a repensar nuestra manera de comprender y de acercarnos a la realidad migratoria. Y nos recuerdan que la fe se encarna en un contexto vital y cultural concreto, el cual interpela a los fundamentos mismos del ser de la teología. Esta está llamada a interpretar críticamente la realidad social teniendo como referente primario la revelación divina, con el fin de dar razón de nuestra fe, fundamentar nuestra esperanza.

El caso es que no podemos cerrar los ojos. Asistimos en nuestros días a una travesía de la historia en que los flujos migratorios y la acuciante emergencia humanitaria proponen enormes desafíos a nuestra forma de vida, a nuestro modo de entender las relaciones internacionales, de gestionar la diversidad dentro de nuestras sociedades y de ofrecer una respuesta a las dramáticas situaciones de quienes llaman a nuestras puertas. No podemos asumir sin más un sistema económico que facilita la movilidad del capital y los flujos financieros, mientras que pone trabas a la circulación de las personas avasalladas. Es del todo desatinado un sistema de producción que arruina los recursos naturales de los vulnerables, produciendo devastadoras secuelas en el planeta. No hay ya espacio para un sistema político que alimenta conflictos bélicos con el fin de mantener a cualquier precio un nivel de vida que da la espalda a la solidaridad, una estructura social que rechaza a quienes huyen de desastres ambientales, de situaciones que hacen irrealizable una vida digna.

Afortunadamente son muchos los que no cierran los ojos ni dan la espalda a los inmigrantes. Innumerables iniciativas han surgido para salir a su encuentro. A nivel social, especialmente relevante está siendo la dedicación desinteresada de numerosas mujeres que, una vez más, impregnan la convivencia de buen sentido y generosidad irreductible. De la mano de otros muchos voluntarios, han multiplicado su capacidad de entrega, haciendo florecer el desierto de la indiferencia en un jardín nutrido de frutos de apoyo y colaboración. Y a nivel estrictamente eclesial, ¿cómo no sentirnos orgullosos de la donación apasionada de nuestras Cáritas y de tantos grupos parroquiales al servicio de los hermanos inmigrantes? A nivel individual asimismo, de muchas maneras se está haciendo llegar la ternura sanadora del amor de Dios, que todo bendice y transforma en germen de esperanza.

Como pequeño homenaje y muestra de solidaridad agradecida hacia todos estos testigos de vanguardia, precursores audaces de un mundo fraterno, valgan unos poemas de Blas Márquez, misionero claretiano al servicio de los inmigrantes. Una vez más, el lenguaje poético-místico provoca a la teología y nos sumerge en la actualidad de un decir que intenta expresar lo indecible. En sus versos se vislumbra la presencia del símbolo y la metáfora vertidos en un lenguaje poético que quiere nombrar la ausencia, pero lo hace desde la mirada de un Dios que se esconde pero a la vez se manifiesta como luz cegadora. Y qué decir cuando esta palabra creadora y desbordante brota de una vivencia luminosa en medio del dolor del mundo, de la tiniebla, de la herida abierta que clama justicia para los pobres y desheredados. Es ese amor transformador el que mueve al cambio y aúna experiencia, palabra, compromiso. Con los pies descalzos aflora nuestra sincera gratitud, silentes ante la herida del hermano, alumbrados por este lenguaje poético-místico que actualiza el misterio para este tiempo.

¡ABRÁZAME! ¡CONTÁGIAME!

Manos doloridas. Pecho herido.
Los almendros en flor. Es primavera.
Y en una playa gris, otra patera.
Llanto sin lágrimas y cruel gemido.

Las olas se entristecen y un latido
sin nombre tensa el aire. ¿Quién pudiera
enjuagar este llanto? Es primavera.
Yo me quedo en la orilla estremecido.

Silencio y miedo. Otra vez la mirada
del que pisa la arena me estremece.
Se me nublan ojos. ¡Desamparo!

¡Abrázame! ¡Contágiame! No hay nada
más terrible que el Covid que enmudece
nuestra voz. ¡No estás solo! Yo te amparo.

EN ESTA HORA INDECISA TE RECLAMO

En esta hora indecisa te reclamo
Al secreto conjuro de los labios.
El cielo se ha poblado de senderos
Y una luz incipiente desafía
Las últimas murallas de esta noche.
El silencio seduce a las palabras
Y el corazón se queda a la intemperie.

He dejado los remos en la arena
Y en la barca, las redes del relámpago.
Navego por los ríos de la conciencia última
Enjugando el amor con la mirada.

Caracolas fugaces con pañuelos de sal,
Corales desteñidos en la cárcel del agua.

Después de todo,
Me queda la esperanza
para vivir de pie sobre la tierra
y aguardar en silencio
la sorpresa de Dios.

COMO AQUEL CIEGO

A los pies de Jesús, como aquel ciego,
Con los brazos al viento y la mirada
Tan solo en sus palabras que me llegan
En la brisa del agua.
A los pies de Jesús como aquel ciego,
Mendigo y arropado en su tiniebla,
Mis voces se oscurecen en un grito
Sin ascuas ni veredas.
A los pies de Jesús, como aquel ciego,

Ausente de sus ojos, maniatado
A mi tacto indeciso y a mis sueños,
Y a solas con mis manos.
A los pies de Jesús como aquel ciego,
No sé si hay caminos en la estepa,
Si es árbol o es mi sombra lo que toco,
¿O es solo una quimera?
A los pies de Jesús como aquel ciego,
Mi grito se entenece entre sus labios.
Sus manos en mis ojos y la luz
¿Solo un fugaz relámpago?
A los pies de Jesús como aquel ciego,
El relámpago estalla por mi sangre
Y por las caracolas de mis frágiles
Ojos la mar me invade.
A los pies de Jesús como aquel ciego,
Empiezo a caminar, y la Luz nueva
Deslumbra los caminos de esta tarde
Y a media voz, me ciega.
A los pies de Jesús como aquel ciego,
En la esquina más honda de mi sangre
Brotó el amanecer con otro tacto.
¡Se ahogan los pesares!
Por el Camino nuevo mis pisadas
En sus pisadas, huellas y otros labios.
Y en su mirada verde los olivos
Acarician mis pasos.

POR LOS SENDEROS DEL REINO

La luz de esta mañana tiene aliento,
Sabores renovados y ternura.
Se despiertan los sueños
y madura la vida.

Por los senderos del Reino
Va sediento el peregrino,

Despojado de su tiempo,
Abriendo nuevos caminos.

A veces pesan las horas,
A veces pesa la vida
Y el desaliento se extiende
Como un manto de cenizas.
Pero Tú eres nuestro alcázar
En las horas desteñidas
En los cantos sin aliento
en la esperanza dormida.
Tú eres quien abre los surcos
Y quien siembra la semilla,
Quien hace brotar el agua
Y quien florece la espiga.

¿Quién despeja los senderos
Sino tus manos amigas?
¿Quién abraza nuestras penas,
Quién sostiene nuestra vida
Cuando las fuerzas se agotan
Y la alegría declina?
Señor, en ti está la fuerza,
El vigor y la alegría
Para seguir el camino,
Y cantar tus maravillas.
En ti, nuestra esperanza,
Tú, amigo de la vida,
Peregrino con nosotros,
Aliento en nuestras fatigas.

Nazareno solidario
Con nuestras cruces encima
Con tu paso decidido,

Abre más nuestro horizonte
Pon en pie nuestra utopía
Que es la tuya y es la nuestra:

Una Tierra redimida.
Al calor de tus caricias

Por los senderos del Reino
Va sediento el peregrino,
Despojado de su tiempo,
Abriendo nuevos caminos.

EN LA MAR SUCUMBEN SUS ANHELOS

*(A todos los que intentaron llegar a la frontera
y en la mar se ahogaron sus anhelos)*

Los pájaros encuentran su refugio
cuando la tarde cae
y se estremece
el viento en las laderas de la noche.
Las zorras, madrigueras, al amparo
de una noche y otra noche.

El árbol solitario tiene miedo
y en sus raíces busca
las manos subterráneas que lo amporen.

Vuelvo a empezar.

Me desgarrar saber
que esta noche y todas las noches
la soledad se abraza de sus cuerpos
y su inocencia estalla
en el seno materno de la luna.

*(“Vivir es fácil
con los ojos cerrados”
y una extraña caricia suspendida)*

Por este parque de árboles sin techo
se pasea la tarde agonizando.
Y esta noche y todas las noches
se estremece la mar entre sus cuerpos.

Algas, corales,
caracolas y dunas
dibujan sus lamentos en el aire.

Al pie de la alambrada,
contemplo estremeceido
la playa anohecida y su ternura.
Ni una plegaria apenas
entre mis labios.
Silencio y rabia.

Y en un caballito de mar
navego entre las olas
esta noche y todas las noches.

NO TODO SE PIERDE

No todo se derrumba con el tiempo.
Si fuera así,
¿qué sería la vida desde entonces,
desde esa tarde abierta y entregada
que engendró un paisaje humedecido
y abrió al revés el calendario?

No todo se interrumpe con el tiempo.
Si así fuera, ¿qué sería la vida
desde entonces, cuando tejimos
la luz con manos inocentes
y abrimos nuestros ojos sorprendidos
al árbol y a la lluvia,
a las rosas moradas de los besos,

a la ventana abierta de la risa
y a la dulce melancolía
que se deja la piel entre los pliegues
de un gozo sin contornos?

No todo se marchita con el tiempo.
Si así fuera, ¿qué sería la vida
desde entonces, cuando sembramos
de lunas y latidos un cielo revestido
con nubes de azahares
para una boda inesperada
entre el cielo y la tierra que soñamos?

No todo se derrumba.
No todo se interrumpe.
No todo se marchita.

El tiempo pasa pero queda el surco
abierto y nuestras manos.
Queda la lluvia azul y los corales
de la sangre. Nos queda la palabra
y una espiga amarilla entre los labios.

Y por quedar, nos quedan las pisadas
de los que ya se fueron pero viven
apacentando el rebaño de nuestras esperanzas.

UNA TIERRA PARA TODOS. UN SUEÑO Y OTRO SUEÑO

Un sueño y otro sueño.
Un despertar de luces y otro sueño.

Navega la mañana
entre corales de una mar en ciernes.
Una granada abierta son sus labios.

Como un cristal herido, sus afanes.

Recojo mi equipaje entre residuos
de estrellas desoladas y luceros
vegetales.
Está la llaga abierta y Dios con tiento
haciendo de su sombra mi sosiego.
Piso el umbral de este relámpago
y un silencio amarillo redondea
el pozo verde de mis sueños.

La barca está en la orilla
besando las primeras olas.
Dejo los remos en la arena
y en las redes dibujo una sonrisa.
Sigue Dios en silencio navegando.
Y yo le sigo
acariciando el pulso de la espuma
que dejan sus pisadas.

CRISTO DE LA BUENA MUERTE

La tarde se ha detenido
entre los cirios y el viento.
Cristo de la Buena Muerte,
cuánta paz y qué silencio.

Dolorido con mi cruz
en tu Calvario me quedo.
Tus ojos aún me miran.
Escucha, Señor, mi ruego:

Que cuando Tú me llames,
me encuentres, Señor, despierto.
Y que sea en hora buena
y en buena hora el momento

de cruzar esta frontera:
La hora de nuestro encuentro.

SIN TECHO Y CON DIGNIDAD

La noche quiebra el paso ante una luna
airada. Ni estrellas ni luceros.
En la sombra están. Faltan veleros
que naveguen sus penas de una en una.

En el espejo opaco de una duna
se dibujan sus rostros venideros.
En su haber penas, lágrimas y ceros.
Y en sus sueños, el beso de una luna.

En la calle están. Cruzan las aceras
como sombras vivientes. Y se inmola
la tarde en sus ropajes. Nadie mira.

Y ellos sueñan la tierra sin fronteras.
Cae la noche en el vagón de cola
mientras un mundo ciego gira y gira.

PONTE EN SU PIEL

*(A los hermanos inmigrantes
que llegan a nuestras costas)*

Ponte en su piel y mírate de frente.
Besa sus manos, cura su quebranto,
abre una senda al ritmo de su llanto
y sáciate del agua de su fuente.

Lo relojes humillan el torrente

de su voz dolorida mientras tanto.
No enturbies con tu voz su airado canto
en pedestal y aromas. ¡Grito hiriente!

Las estrellas acunan su sonrisa
y en una caracola se adormece
el sueño quebrantado de su vida.

Un vendaval de lunas y una brisa
acarician su rostro y se estremece
el mar en un fragor de bienvenida.

EXPUESTO A MI MIRADA

En el altar vacío de mi vida,
Señor, te veo expuesto a mi mirada.
Se nublan mis palabras y en cada
senda escucho tu voz que me convida.

Esta tarde no veo otra salida
que tu dulce silencio y esta espada
que anula mi dolor como si nada
y a tientas voy con mi palabra herida.

Expuesto ante mí, bebo de tu fuente
y mi corazón canta de alegría.
Alza tu voz, Señor, tú eres testigo

de mis pasos inciertos y pendiente
vivo de tu mirada cada día.
¡No me escondas tu Rostro, buen amigo.

YO TE REGALO MI SILENCIO

¡Apaga el móvil!
Y yo me quedo inmóvil ante a ti.
Detengamos el tiempo frente a frente...

No hay nada más.
Solo tú y yo,
el temblor de tus manos,
el brillo de tus ojos,
y la sonrisa apenas iniciada.
Yo te regalo mi silencio
mis manos apacibles
y el rumor de las olas
que envuelven nuestra frágil distancia.

Y cuando yo te digo: te amo
no es una frase
del consumo diario de la rutina.
El amor siempre espera, como una caracola,
la diaria caricia de las olas.

Tú y yo frente a frente
mientras cae la tarde sudorosa.
Envueltos en sus alas
los pájaros conjugan con la brisa
la última estrofa de su llanto.